

ZACARÍAS, EL LOBO

A él no le influía la luna para transformarse en lobo. La licantropía no existe. Él era lobo de tiempo completo, lobo con la luz del día o en la oscuridad. No desde que nació. No, él fue un niño como cualquier otro, que gozaba subiéndose a los árboles, tirando piedras con su resortera sobre botellas vacías de vidrio o latas de metal, aventando su trompo sobre monedas puestas en el piso, robándose los mangos de la casa de la señora Marcela, su vecina, metiéndose vestido al mar todas las tardes. Esto es lo que más placer le daba, el mar. Antes de ir a su escuela en la mañana corría a la orilla para buscar alguna concha rara o un caracolito o simplemente a caminar descalzo en la arena mojada. Al terminar las clases, y antes de ir a comer, volvía al mar. Lo hacía en compañía de sus amigos. Entre todos se mojaban, se aventaban arena, rodaban, brincaban. Después de hacer la tarea, no por su gusto sino porque su madre se lo exigía, regresaba corriendo al mar y sin desvestirse se metía hasta donde rompían las olas. Los sábados y domingos, que eran los días que más esperaba de la semana, iba con sus barquitos que había hecho a ponerlos a flotar. Alguno se lo llevó el agua con gran llanto suyo. Ya tenía cinco barcos, el clásico de papel que se renovaba semana tras semana, dos de madera que eran los que mejor flotaban y dos hechos de latas. La mayor parte de las veces estos se hundían ante su furia de no poder mantenerlos a flote. La semana entrante, se juraba a sí mismo, flotarán durante horas. Los lunes, martes, miércoles, jueves y viernes durante la noche, después de merendar panuchos o pellizcadas, se ponía a reparar estos barcos o a hacerles mejoras. Su cuarto, que era para él solo, por ser él único hombre de la familia, era amplio y con muchas paredes. Todas ellas estaban tapizadas de recortes de periódicos, de revistas, con fotos de barcos de todo tipo: de guerra, veleros, corbetas, fragatas, trasatlánticos, yates, portaviones, de piratas; barcos antiguos y

modernos. Barcos vikingos y romanos, barcos de vapor, barcos de placer y hasta barcos históricos. Sus hermanas no podían tener lo mismo que él. Eran cinco. Dos dormían en un cuarto y tres en otro. Jamás pudo entenderse con ellas, a ninguna le interesaba los barcos ni el mar ni la historia marítima ni los bellos uniformes de los marineros ni los catalejos para ver con ellos la tierra desde el mar ni las historias de sirenas, de enormes pulpos o de tormentas que se tragaban los barcos con todos sus tripulantes. Ellas no querían saber nada de eso, para ellas lo importante eran los muchachos que bailaban bien la Bamba como la música tropical, los vestidos, los collares de cuentas de colores, los discos que traían de la capital, los lápices de labios de colores raros: azules, negros, violetas. A su madre del mar sólo le interesaban los pescados que iba a comprar para hacer sus sopas o sus panes de cazón. Al padre sí, un poco más, pero no tanto, aunque del mar vivía. El tenía una tienda que vendía aparejos de pesca: redes, anzuelos, hilo de pescar. Pero nunca iba al mar. Le gustaba verlo de lejos, sobre todo en el atardecer. Iba a una palapa donde vendían cervezas heladas y desde ahí, con sus amigotes, como los llamaba su esposa, veían la puesta del sol. Uno de ellos, no mi padre, hacía versos, no tan malos y todos ellos referentes al mar, a las olas, a la playa, al amanecer.

Zacarías ya de joven siguió yendo al mar, ya no con sus amigos a brincar o a arrojarse arena, ahora iba con sus novias o amigas. Sentados en la orilla él les recitaba versos aprendidos o les cantaba canciones románticas. Zacarías tenía muy buena voz y no le daba pena cantar en público. Siempre estaba cantando, aunque no lo acompañara ninguna mujer. El le cantaba al mar y el mar le hacía coro con sus sonidos propios.

En cuanto al trabajo no tuvo otra opción, ni la buscó, que la de hacerlo en el mar. Por él hubiera entrado a la escuela naval de joven, pero no tuvo los fondos económicos para hacerlo. En cambio si fue admitido como aprendiz en distintas embarcaciones de pesca. Y ahí se iba, en plena

noche, junto con una docena de hombres, a pescar tiburón y todo lo que se dejara.

Fue aprendiendo todas las artes marinas con la práctica. De barquitos pesqueros pasó a embarcaciones mayores hasta llegar a barcos petroleros, a barcos de carga con lo que conoció muchos países. Ninguno le interesó como el suyo.

Ahora tiene setenta años de edad y sigue trepado en barcos. Dice que sobre uno de ellos va a morir. Y así tiene que ser. En tierra nada le espera. Su mujer y sus hijos hace mucho que lo abandonaron, o mejor dicho, él fue el que los abandonó por seguir en el mar. La esposa se fue con un vendedor de aparatos eléctricos y sus dos hijos viven en la capital. Ninguno de los dos quiere oír nada relacionado con el mar.

Al principio de este relato hablé de licantrópía, de un ser que se convierte en lobo. Zacarías no tuvo necesidad de eso por no tener que convertirse, él es un lobo. Un maravilloso viejo lobo de mar.

Tomás Urtusástegui

Julio 2006